

mirano, tiene ideas nacionalistas, en sus ensayos predica la necesidad de que los mexicanos se pinten a sí mismos y muestren su verdadera imagen; aunque reconoce el valor de las literaturas extrañas, pone de manifiesto la importancia de que México posea la suya propia, como la tienen los demás pueblos.

Altamirano es un demócrata y ejercita los principios liberales. Sabe reconocer las virtudes de sus enemigos y con facilidad olvida los agravios. Después de la guerra invita a todos los escritores a que juntos —sin importar partido— contribuyan a promover la cultura nacional. La principal pasión de Altamirano es el pueblo, por esto, adopta las formas literarias populares y el estilo llano y conciso que con facilidad comprenden los menos ilustrados. En sus crónicas de los periódicos satiriza a los poderosos, en sus estampas vernáculos exalta los valores de los humildes. Es un humanista que pasa de la política al apostolado de las letras, y combate la tiranía y la ignorancia, no importa donde estén: "... el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, serán un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte".

C. V.

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA, *Relatos*. Segunda edición. Biblioteca del Estudiante Universitario, 28. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. Selección y prólogo de Julio Jiménez Rueda. México, 1955. 190 pp.

Roa Bárcena, posee un espíritu semejante al de la mayoría de los escritores mexicanos del siglo pasado, lo caracteriza su lealtad a la vida y a las letras, y sobre todo, el respeto inquebrantable a sus principios, y a la virtud, aun de sus enemigos políticos. Nace en Jalapa, Veracruz, en 1827, y muere en 1908. Durante su dilatada existencia tiene oportunidad de ser testigo de numerosos acontecimientos que enriquecen su experiencia, entre otros, dos invasiones al territorio nacional, sin contar las muchas revoluciones tan comunes en su época. Pasa sus primeros años en la provincia natal, divide su tiempo entre los poemas románticos y el comercio, pero luego se traslada a la capital, en donde verdaderamente inicia su carrera literaria. Como otros muchos jóvenes ambiciosos se dedica a la literatura y a la política, carreras que en el siglo XIX mexicano eran paralelas. Entra en el partido conservador y escribe para sus periódicos: *La Cruz*, *El Eco Nacional* y *La Sociedad*. Poco a poco, con los trabajos que pasa el escritor mexicano de ayer y de hoy, va editando sus obras: *Novelas originales y traducidas*, *Poesías líricas*, *Varios cuentos*, todos con dinero propio y pie de imprenta prestado.

Cuando Francia interviene en los asuntos mexicanos, Roa Bárcena tiene en la memoria la injusta agresión yanqui, piensa que los franceses contrarrestarán la fuerza cada vez creciente de los Estados Unidos y darán el triunfo definitivo al partido conservador. Forma parte de la Junta de Notables, y luego de la Academia Imperial de Ciencias y Artes; pero cuando descubre que Maximiliano es más liberal que los liberales mexicanos, se aleja de la política, y se dedica a los negocios y a escribir. A la caída del Imperio, es condenado a dos años de prisión, pero sólo cumple unos meses en el convento de la Enseñanza. Al fundarse la Academia Mexicana correspondiente a la Española, obtiene los cargos de socio fundador y Tesorero. Muere en la ciudad de México.

Desde que publica sus primeras poesías, año con año aumenta en forma constante su bibliografía, su *Catecismo elemental de la historia de México* alcanza seis ediciones y cuatro el de *Geografía Universal*. Las características literarias de Roa Bárcena son el decoro y la versatilidad para mudar de género. Así en sus cuentos como en sus biografías demuestra dominio igual del estilo, y cuando deja de escribir poesías o prosas originales, se dedica a la traducción en la que manifiesta dotes poco comunes; así piensa Menéndez Pelayo: "pocas veces se ha visto Byron en castellano tan bien interpretado, y quizás, ninguna mejor". También traduce, aparte de varias novelas, poemas de Virgilio, Horacio, Schiller, Shakespeare, y Tennyson. Es un biógrafo honrado —igual que en su conducta— de José Joaquín Pesado, Manuel Eduardo de Gorostiza y Manuel Carpio. Su obra literaria merece los elogios de los críticos extranjeros, entre otros los de Miguel Antonio Caro y de Juan Valera.

En el presente volumen aparecen: *Noche al raso*, que es una serie de relatos encadenados sólo por el capricho, a la manera de *Las Mil y una noches*, de la que Juan Valera expresa: "lindísima colección de anécdotas y cuadros de costumbres, donde el ingenio, el talento y la habilidad para narrar, están realizados por la naturalidad del estilo y por la gracia y primor de un lenguaje castizo y puro, ..." y de *Lanchitas* dice, "la fantasía del autor y su arte y buena trasa prestan apariencias de verosimilitud y hasta de realidad al prodigio más espantoso". *Combates en el aire*, es una narración poética, recuerdos de la juventud, en la que se mezclan la prosa y el verso. Y por último, *Discurso*, que no es otra cosa que la biografía del liberal Manuel Eduardo de Gorostiza, que pronuncia el autor en el Liceo Hidalgo. Esta pieza oratoria es preparada con todo cuidado. Roa Bárcena se documenta lo mejor que

puede, luego procura revivir el ambiente en que se movió Gorostiza, y le hace justicia, dejando a un lado las ideas políticas.

C. V.

J. J. IZQUIERDO, *El hipocratismo en México. Con una reproducción facsimilar de las Lecciones del Doctor Montaña, seguidas de su versión castellana*. Cultura Mexicana, 13 Imprenta Universitaria. México, 1955. 268 pp.

En la enseñanza y en la práctica de la medicina regían las teorías de los maestros de la antigüedad, aún al iniciarse el siglo XIX, tanto en la Vieja como en la Nueva España, y eran desdeñados los autores modernos. En México hasta 1833, se derogaron las Constituciones por las que estaba gobernada la Real y Pontificia Universidad de México, y las cuales disponían que la cátedra de medicina estuviera basada en la lectura de los textos hipocráticos, sin importar que éstos sólo repitieran conceptos ineficaces, pasados de moda, y sin contacto con los últimos descubrimientos.

El poblano Luis José Montaña (1755-1820), olvidado por mucho tiempo, debe su fama actual, tal vez, a la adversidad. Sus repetidos fracasos al tratar de obtener una cátedra en la Universidad, fueron la causa de su interés por el estudio de la botánica, la química, y el examen de los enfermos. Al fin, después de mucho tiempo de insistir le dieron la cátedra de medicina, la que impartió de una manera revolucionaria para su época; pero su talento pronto le creó enemigos que con intrigas y calumnias lo expulsaron de la escuela. Y Montaña, como un medio de defensa, publicó algunas de sus obras. Sus *Praelectiones*, no son más que las lecciones que impartía en su cátedra, en latín.

Montaña en sus *Praelectiones* sigue los *Aforismos* de Hipócrates; pero es un innovador por varias razones: eligió una fuente de información no usada en México, la versión de Anutio Foesio; contra la costumbre, no dejó que los *Aforismos* fueran aprendidos de memoria, y los ordenó en grupos que facilitarían el estudio; y por el carácter de sus comentarios, siempre dirigidos a asociar el hipocratismo con los métodos más modernos.

Montaña piensa que la mayoría de los comentadores de Hipócrates sólo deforman con vanas especulaciones filosóficas las enseñanzas del maestro, ya que éstas se fundaron en una profunda observación de la naturaleza, y no sólo fueron una mesa creación conceptual, más o menos ingeniosa. En fin, se queja de la carencia de espíritu científico de los médicos que primero inventan teorías para luego tratar de demostrarlas en la práctica, y creen que la medicina se limita a ela-

borar sistemas filosóficos o dogmas religiosos, sin contacto con la observación y la experiencia del arte de curar. Y aboga por la adopción de los métodos observacionales y de investigación que ya comenzaban a usarse en los demás ciencias, que él piensa prestarán una gran ayuda a la medicina, en el futuro.

Montaña es un precursor de la medicina en México; aunque sigue a Hipócrates, no comparte todas sus teorías, y está muy por encima de los doctores mexicanos de su época, que ignoraban los descubrimientos de Lavoisier y sus colaboradores, y ni siquiera eran capaces de interpretar con propiedad el espíritu hipocrático. Niega la hipótesis de los humores y los espíritus, y propone una interpretación química de éstos. Además condena el uso de las sangrías, los purgantes fuertes, los antipútridos, y los alexifármacos. Y son muy importantes sus *conceptos funcionales* sobre la salud y la enfermedad.

La contribución hipocrática del doctor Manuel Carpio, en México, se limita a su traducción al idioma español de los *Aforismos*, ya que él, como Montaña su amigo y paisano, pensó que: "por el descuido con que era vista la lengua latina, las cosas médicas eran vertidas muy a la ligera".

C. V.

Documentos para la historia de la litografía en México, recopilados por Edmundo O'Gorman, con un estudio por Justino Fernández. Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México. Estudios y Fuentes del Arte en México, I. Imprenta Universitaria. México, 1955. 116 pp.

Claudio Linati de Prevost de origen noble, introductor de la litografía en México, nació en Parma, Italia. Fué educado convenientemente de acuerdo a su rango, en las artes liberales, en las que se instruyó en literatura, dibujo, grabado y litografía. En París, donde fué a estudiar pintura, conoció a David, quien influyó decididamente en su educación neoclásica. Aunque por otra parte, su espíritu romántico y amante de la libertad hace recordar al héroe de la *Cartuja de Parma*. Como Fabrizio, él también fué un entusiasta de lo heroico, de lo grande, y de Napoleón, al que se unieron los dos. Linati peleó en el ejército napoleónico en varios lugares de Europa, hasta que fué tomado prisionero en Hungría.

Al firmarse la paz, marchó a España, en donde su familia poseía propiedades; allí se casó con Isabel de Barcardi, y nació su hijo Filippo, quien como su abuelo paterno y su padre, con el tiempo llegó a ser un distinguido artista y político.

Linati de vuelta en Parma, se unió al movimiento *Carbonario*, del que fué activo agente. Una vez más luchó por la libertad; pero cayó prisionero. Logró huir a Fran-

PRETEXTOS

Por Andrés HENESTROSA

cia. (Se le juzgó y condenó, en ausencia, a muerte y a la pérdida de sus propiedades). Pasó a Bruselas, en donde conoció a de Gorostriza, entonces Encargado de los negocios de México en Bélgica.

Las circunstancias del viaje de Linati a México, gracias a los documentos compilados por O'Gorman, hoy nos son conocidas, así como otros muchos detalles de su empresa, que son una fuente segura para nuestra historia de la litografía.

En 1825, él y su socio y compatriota Franchini, enviaron una solicitud al gobierno mexicano, para establecer una litografía en México, a condición de que se les prestara ayuda económica, y otras facilidades para proteger aquella industria que no se conocía en la nueva república, en cambio de aquel favor prometían enseñar gratuitamente su arte a los jóvenes que así lo desearan, y ofrecían el mismo taller en garantía del dinero que les prestara el gobierno.

La República aceptó la solicitud de Linati y Franchini, les envió el dinero, y puso a su disposición un buque de guerra para el transporte del personal y las máquinas. Los impresores pronto llegaron a la Capital, pero encontraron dificultades para comenzar a trabajar, el gobierno, con una conducta poco congruente, no cumplió sus promesas, y el papeleo burocrático dilató la inauguración de la empresa. Linati carecía de útiles y de dinero, la Aduana retenía la imprenta por falta de pago de derechos, luego Franchini enfermó.

Al fin, después de cuatro meses de inactividad, Linati instaló solo el taller litográfico, su compañero había muerto. En los tres meses siguientes de su permanencia en México, logró enseñar a varios jóvenes el arte litográfico; publicó y escribió para *El Iris*, primera publicación mexicana en la que aparecen litografías, este semanario ilustrado le creó dificultades de orden político; y también, Linati reunió una colección de dibujos sobre trajes y costumbres mexicanas, material de un libro que después editó.

Por enfermedad liquidó su negocio. Dejó la litografía al gobierno en pago de los adelantos que le fueron hechos, y que no pudo reintegrar, luego se embarcó para Europa, donde trabajó como escritor y litógrafo, dando a conocer sus experiencias de México, y al regresar a este país murió a los pocos días de haber desembarcado.

La litografía que fué de Linati, estuvo en el local que ocupaba la Secretaría de Relaciones, luego pasó a San Carlos.

C. V.

ESTORBOS DE CARBALLO

Somos ya conscientes de ser el producto de infinitas deformaciones, anhelos y transformaciones.

Tanto el romanticismo como el idealismo hicieron una larga profesión de fe. Hegel llegó hasta sentirse Dios. Nuestro tiempo tien-

Pasó por la lumbre de la Inquisición, siendo el mismo una llama, uno de los más ardientes y apasionados espíritus de cuantos herejes vivieron en la Nueva España durante el siglo XVI: Luis de Carvajal, apodado el Mozo. Carvajal había estudiado tres años de latín y retórica en España. Muy poco tiempo en verdad para cualquiera otro, pero no para él, tan inteligente, tan invadido de fervor religioso, y tan fanático. Aquellas pocas lecciones, poderosamente avivadas por una fe inquebrantable, le bastaron para penetrar los misterios de su religión. así como para emprender traducciones, no despreciables, al decir de Alfonso Toro, de varios trozos del Antiguo Testamento, como los Salmos de David, y para componer oraciones y versos místicos que solían cantar en las tertulias que se celebraban en su casa con la asistencia de parientes y amigos, entre quienes destacaban Manuel Gil de la Guardia, Antonio Machado y Antonio de Morales como él, versificadores.

Cuando fué sujeto a proceso por judaizante confesó ser autor, quizá por vanagloria, de algunas composiciones poéticas en honor de Jehová. Los inquisidores le dieron papel, pluma y tinta para que redactara de su puño y letra las octavas que cantaba en unión de sus hermanos y amigos los días de ayuno. Esas coplas fueron agregadas al proceso y permanecieron desconocidas hasta que en 1935 fueron localizadas por don Alfonso Toro que en aquellos días inició la redacción de su libro La Familia Carvajal. Los versos, muy incorrectos, denuncian sin embargo un auténtico fervor religioso, pues es evidente que la vida entera de Luis de Carvajal giraba en torno a un ideal.

La larga tirada de versos concluye con un soneto que guarda un estrecho parentesco con el famoso "Cristo Crucificado" atribuido a fray Miguel de Guevara, al parecer con fundamento sólido; y con el fray Félix Antonio Huerta, contenido en la Biblioteca Hispano Americana Setentrional de Beristáin y Souza.

El soneto que en seguida se transcribe, a título de curiosidad como lo hiciera en su libro, no carece al igual que el de Huerta, de méritos, por lo menos para determinar la boga que ese género de poesías tuvo en México y las diversas influencia que nutrieron esa boga.

*Pequé, Señor, más no porque he pecado
de tu amor y clemencia me despidió,
temo según mi culpa ser punido,
y espero en tu bondad, ser perdonado.*

*Recécheme según me has aguardado
ser por mi ingratitud aborrecido
y hace mi pecado más crecido,
el ser tan digno tú de ser amado.*

*Si no fuera por tí, de mí qué fuera,
y a mí de mí sin tí, quién me librara
si tu mano la gracia no me diera,*

*y a no ser yo mi Dios, quien no te amara,
y a no ser tú Señor, quien me sufriera,
y a tí sin tí mi Dios, quien me llevara.*

de a rechazar la noción de lo absoluto, como de algo de lo que hay que desconfiar. Se diría que el escepticismo impide contradictoriamente al hombre moderno —ya que exige la especialización— aceptar las manifestaciones unilaterales del espíritu, cuando se trata de expresar móviles humanos.

Carballo en sus narraciones, entre cuentos y monólogos, se revela como un escritor idealista.

Gran estorbo la esperanza tiene una característica sobresaliente: el estorbo. Carballo se proyecta estrictamente con un sentimiento suyo. Pudiera decirse que para él no existe el amor, sino su amor, lo único que salva y lo único que no le estorba. Nos da la sensación de que vive este mundo a pesar suyo. Es vital y sin embargo su actitud íntima nos deja un sabor añejo, por lo idealista y romántica. Afio-

ra la evasión. Quiere estar en la lucha y quiere retraerse. Se ha formado en la provincia. La quiere y la rechaza. No es casual que se exprese en términos lapidarios y conceptuales. Al hacerlo, siente afirmarse en su idealismo.

Por más que el hombre quiera escapar, está localizado en el tiempo, manejando los valores de siempre como variaciones sobre los mismos temas. Lo que no está dentro de las variantes del tiempo en que se vive, resulta anacrónico. Ahondar en el cambio es lo que impide fosilizarse.

Son diez estos cuentos-monólogos de Carballo. Observaciones íntimas del diario acontecer en los corazones de la gente sencilla, teñidos de su experiencia personal.

Para Carballo "la infancia es un sueño". "El hombre es un desplazamiento". A Fulanita, le parece

que "los hombres son como las mentiras, llegan muy fácil, pero después se pudren, corrompen la carne"; cuando se van toman cuidadosamente sus palabras, las colocan "en su pañuelo, y las vuelven a poner con todo comedimiento, cerca, muy cerca de su corazón duro y caliente".

"Y la muerte llega sin avisar cuando estamos atareados buscando la última pieza. Pero esta pieza no existe, nadie la conoce, es la esperanza." Más adelante dice: "Tal vez uno no muera, sólo alimiente la vida, la tierra. Tal vez uno nació como los murciélagos, para alimentar primero con su excremento y, por fin, con su propia carne a la tierra."

Abundan la reflexión y el desengaño en este dudador de dudas que es Carballo, pero también hay afirmación, mucha rabia y descontento, porque para él priva el engaño.

Languidece por sus páginas un perfume velardiano. Se anima cuando a diario ve acercarse a la novia, que se anuncia "como se anuncian los remolinos": "se va acercando, se va haciendo más grande, más mía". De pronto se torna realista algo sentencioso: "Uno va viendo, conociendo gentes. Lo van viendo a uno, le echan el ojo, lo ensillan como a los caballos, le aprietan el cincho, lo aguijonean con caras de hambre. Las palabras de las gentes son como las espuelas, son peores que las malas razones; se dicen para hacer daño..." Su lenguaje sencillo va adquiriendo hondura a medida que va avanzando implacable, amargo.

Son dolorosos estos monólogos, honrados como el pan, preñados de vigorosa mexicanidad provinciana. Vistos a la ligera, pudieran parecer bordados de estambre sobre una manta áspera; pero van lejos, como toda experiencia padecida.

Carballo está lleno de malos recuerdos, de una infancia en muchos aspectos mal llevada, en la que siente haberse enajenado girando en derredor de un anillo de Arzobispo y de enseñanzas inútiles y equivocadas.

Objetaremos únicamente su esteticismo cuando dice: "¡Qué espectáculo tan grotesco su lengua!" al sacarla el niño para recibir su Primera Comunión. Y nos parece obvia la crítica que hace del pastoral, llena de asepsia positivista: "una piedra fría, con la cara indecifrible de un astro, sucia, con insoportable olor de saliva". Todo esto para construir un párrafo final de preciosismo patético: Al día siguiente lo encontraron rígido, con la parálisis juguetona de su caballo de madera. La cara era la de siempre; en la boca la espuma, como flor de silencio, le ocultaba los labios. Era un niño sin boca, mudo para siempre en el estruendo constante del mundo".

El símbolo religioso es, en este caso, fuente de infección.

¿Habría que substituirlo por alguna receta laica?

Las cosas fluyen de su pluma como de una herida todavía abierta. Su prosa es a veces monótona, parece acentuar el ritmo, el en-